

Esta es una pequeña muestra
del libro *Raimundo Lulio*.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2025 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!

Raimundo Lulio

primer misionero
cristiano entre los
musulmanes

Raimundo Lulio

primer misionero
cristiano entre los
musulmanes

Samuel M. Zwemer



LIBROS DESAFÍO®

Copyright © 2007 por Libros Desafío

Raimundo Lulio: primer misionero cristiano entre los musulmanes

Título original en inglés: *Raymund Lull: First Missionary to the Moslems*

Autor: Samuel M. Zwemer

Publicado por Funk & Wagnalls Company © 1902

New York y Londres

Primera edición en castellano publicada por

la Subcomisión de Literatura Cristiana de

la Iglesia Cristiana Reformada © 1977

Grand Rapids, Michigan

Traducción de la primera edición castellana: Alejandro Brachmann

Revisión de la edición actual: Juan Carlos Martín y Alejandro Pimentel

Diseño de cubierta: Josué Torres

Para las citas de la Biblia hemos recurrido a la versión

Reina-Valera 1960 © Sociedades Bíblicas Unidas.

Sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, queda totalmente prohibida, bajo las sanciones contempladas por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Publicado por

LIBROS DESAFÍO

2850 Kalamazoo Ave SE

Grand Rapids, Michigan 49560

EE.UU.

info@librosdesafio.org

www.librosdesafio.org

ISBN: 978-1-55883-029-5

Impreso en los EE.UU.

Printed in the United States of America

CONTENIDO



Prólogo.....	7
Prólogo a la edición española de 1977	11
Introducción a la edición inglesa de 1902.....	13
Prefacio	19
1. Europa y los sarracenos en el siglo XIII.....	21
2. La cuna y juventud de Raimundo Lulio	29
3. La visión y el llamamiento a servir	35
4. Preparación para el conflicto	41
5. En Montpellier, París y Roma	49
6. El primer viaje misionero a Túnez	57
7. Otros viajes misioneros.....	65
8. Raimundo Lulio, filósofo y escritor.....	73
9. Último viaje misionero y martirio de Raimundo Lulio.....	81
10. Y, difunto, aún habla.....	87
Bibliografía	93

PRÓLOGO



Hegel dijo que la historia de la humanidad nos enseña que el hombre no aprende de la historia.¹ Y cuando uno hojea las paginas de una biografía como la de Raimundo Lulio cuya vida se desarrolla hace poco más de 7 siglos, parecería que fuese un personaje contemporáneo. Las actitudes cristianas de la época de Lulio, sobre todo hacia los musulmanes, no eran para acercarlos al evangelio sino tratar de quitarles territorios por la fuerza. Las Cruzadas Cristianas que estaban en su apogeo en aquellos días, demostraban el espíritu cristiano de la época.

Actualmente los protagonistas políticos y religiosos son otros y los adelantos tecnológicos han modelado radicalmente el medio que nos rodea. Pero en esencia, la naturaleza humana sigue siendo la misma. No hay remedios fáciles para una convivencia pacífica entre individuos como entre naciones y lo más impactante al comparar la época en que vivió Lulio con la nuestra, es que los cristianos de Occidente siguen tratando a los musulmanes de la misma manera que lo han hecho durante siglos, como sus enemigos.

Las confrontaciones actuales del mundo occidental con el islámico, tienen todos los distintivos de las Cruzadas de antaño. Los motivos o pretextos siguen siendo los mismos. En el pasado se trataba de rescatar

¹ Georg Wilhelm Friedrich Hegel, *The Philosophy of History*, trans. J. Sibree, vol. 10, Introduction, p. 6 (1899).

los lugares sagrados del cristianismo de manos de los infieles, no importando las matanzas indescriptibles en ambos bandos, el cielo estaba garantizado para los aventureros de aquella época. Hoy en día se trata de rescatar los lugares sagrados de un Occidente cristiano secularizado, los pozos petroleros, que garantizan un estilo de vida cómodo y que nadie esta dispuesto a abandonarlo.

Y aquí la figura de Raimundo Lulio se torna relevante, sobre todo para la iglesia cristiana de nuestros días. En medio de la retórica protestante fundamentalista hacia los musulmanes, este sencillo creyente medieval nos muestra lo que Dios puede hacer con una persona que ha experimentado una «conversión a la penitencia» (termino de aquella época y que equivale al «aceptar a Cristo» de nuestros días) y se entrega en alma y cuerpo a aquel que lo rescato de su vida licenciosa anterior.

En su libro la *Vita coetanea*, Lulio describe en detalle los momentos cruciales de su experiencia, que podemos considerar como tres episodios iniciales. El primero fue la visión nocturna de Cristo crucificado, una visión que se repitió en cinco ocasiones diferentes, con intervalos de unos días entre cada una de ellas. Según narra Lulio, estaba comenzando a escribir en su idioma una canción a una dama de la cual estaba locamente enamorado (I, 2). Aunque intentó olvidar estas experiencias, Lulio se da cuenta finalmente de la importancia de las visiones: «que Dios quería que él mismo, Raimundo, dejara el mundo y se dedicara totalmente al servicio de Cristo» (I, 4). Pensando en la manera específica en como llevar a cabo esta propuesta, Lulio formula un triple objetivo: Lograr la conversión de los incrédulos, arriesgándose incluso a la misma muerte por causa de Cristo; Escribir un libro, «el mejor [libro] en el mundo²», en contra de los errores de los incrédulos; y convencer a las autoridades eclesiásticas y políticas de aquella época que fundasen monasterios en los cuales el aprendizaje de idiomas fuese un requisito para las actividades misioneras. La manera en la cual Lulio se propuso llevar a cabo la primera intención de su nueva vida, era honrando, alabando y sirviendo a Dios.

2 El mejor libro del mundo se refiere a su *Ars Magna*. Como un método universal, el Arte era la base de todas las ramas del conocimiento (lógica, metafísica, filosofía, teología, derecho, medicina y las otras ciencias naturales, las artes liberales, las mecánicas, etc.); su lugar como un método de métodos, superior a cualquier forma doctrinal previa, le daba una autoridad cultural neutral como una herramienta de persuasión racional. La meta esencial de Lulio era extender la Verdad al hacerla inmediatamente patente y activa entre los creyentes y al imponerla sobre los incrédulos por las evidencias obvias.

Sin duda Raimundo Lulio fue una vida que «nadó en contra de la corriente» de su época. Cuando todo el mundo apuntaba hacia una dirección él se propuso seguir los principios dados por su Señor en su Palabra, amar a su prójimo, el musulmán, como a sí mismo. Es imposible separar el anterior mandamiento del primero y más importante, y Raimundo demostró el amor por su Dios vertiéndolo en su prójimo. Y para esto usó de todas sus *fuerzas*. Aun a una edad avanzada, lo encontramos predicando el evangelio en el Norte de África de todo su *corazón*, demostrado en su amor hacia esas personas aun a riesgo de su propia vida y con toda su *mente*, proponiéndose de manera creativa y bien pensada demostrar la Verdad a sus oyentes.

«Veo muchos caballeros marchar a Tierra Santa, más allá de los mares, con la idea de conquistarla por la fuerza de las armas; pero al cabo todos ellos perecen antes de alcanzar lo que piensan poseer. Por tanto, me parece que no se había de procurar la conquista de la Tierra Santa, excepto a la manera por la cual tú y tus apóstoles la adquiristeis, es decir, por el amor y las oraciones, por el derramamiento de lágrimas y de sangre» (p. 43).

Deseo que la lectura de esta biografía sea de inspiración al lector para acercarse más a Dios y buscar su dirección al relacionarnos con nuestros semejantes los musulmanes.

Pablo Carrillo Luna
Granada, España
Enero de 2007

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA DE 1977



Al lector

El islam, después del cristianismo, es la religión de la mayoría de personas en el mundo actual. Domina todo el norte de África y Oriente Medio. Es la religión de aproximadamente 600.000.000 de personas. En muchos países es la fe oficial del estado y muestra una intolerancia severa hacia otras religiones. En algunos lugares se prohíbe la conversión de un musulmán a otra fe y, si uno se convierte al cristianismo, su muerte es casi segura. En el África de hoy, a causa de los recursos financieros que aporta el petróleo, el islam es muy activo y misionero, de modo que supone el principal desafío para el cristianismo.

Hemos publicado una nueva edición de este libro para dar a conocer al público cristiano la figura del gran misionero, filósofo, místico y poeta mallorquín, Raimundo Lulio. Este libro fue escrito originalmente en inglés, traducido y publicado hace treinta años en España. Raimundo Lulio fue uno de los primeros que reconoció que lo que necesitaban los musulmanes no era la espada, sino la cruz; no era la supresión ni la conquista, sino la proclamación del evangelio y la demostración del amor y la compasión cristiana.

En la vida y el carácter de Raimundo Lulio se ve un ejemplo del espíritu cristiano. Lulio era autor, predicador, misionero y reformador; para todo cristiano, sea católico o evangélico, es siempre digno de elogio y admiración.

El autor, Dr. Samuel Zwemer, fue conocido en su tiempo como el «apóstol a los musulmanes», y Raimundo Lulio le inspiró tanto que le puso el mismo nombre a uno de sus hijos.

En este período de historia en el que la proclamación del glorioso mensaje del evangelio es más urgente que nunca, nos parece muy apropiado presentar al público de habla española una nueva edición de esta biografía clásica, esperando que Dios la utilice para motivar a su Iglesia y darle nuevo interés y dedicación en la misión cristiana.

Rogelio S. Greenway

INTRODUCCIÓN A LA EDICIÓN INGLESA DE 1902



Sería muy difícil encontrar persona tan competente como el Dr. Zwemer para escribir la vida del primer gran misionero que evangelizó a los mahometanos. Durante doce años el Dr. Zwemer ha trabajado con sus asociados de la Misión Árabe de la Iglesia Reformada en la costa oriental de la península de Arabia y en la región turca al noroeste del Golfo Pérsico. A un dominio casi perfecto del árabe, un conocimiento exacto del Corán, un celo incansable y un valor indomable, ha unido un intenso amor hacia los musulmanes y un ardiente deseo de darles a conocer de forma genuina al Salvador, a quien ellos creen anulado y superado por su profeta.

Cuando crucé el Golfo Pérsico durante la primavera del año 1897, los capitanes de los vapores, sin excepción, se deshacían en alabanzas al misionero de «corazón de león», como ellos le llamaban, que solía sentarse en la escotilla con los viajeros árabes y confundirlos con argumentos sacados de sus propias escrituras. En el intervalo de varios viajes al interior de El Hasa y Omán, el Dr. Zwemer halló tiempo para escribir un libro sobre Arabia (publicado en el año 1900) que es la más completa autoridad referente a la península. Es también uno de los mejores libros que poseemos sobre los problemas, de interés para todos los cristianos, que plantea el nacimiento y difusión del islam. Dado su amor a los mahometanos, su profundo conocimiento de su religión y el trabajo constante para aumentar el esfuerzo misionero destinado a procurar la evangelización del mundo musulmán, el Dr. Zwemer reúne

condiciones que pocos poseen en tan alto grado para entender la vida de Raimundo Lulio, y para describirla con plena comprensión.

Había gran necesidad de que se escribiese de un modo adecuado la vida de Raimundo Lulio para lectores de habla inglesa. Fue el misionero más grande que se ha dirigido jamás al mundo musulmán. Constituye una de las figuras sobresalientes de la Iglesia Católica del siglo XIII. Fue un cristiano con el espíritu moderno de catolicidad —ni romanista ni protestante—, un hombre de juicio espiritual y de amor divino. En una época en que otros hombres daban a la creencia en la autoridad sobre religión la expresión más diabólica que ha podido concebirse —la Inquisición— Lulio percibió la futilidad de esa autoridad. Amó a Cristo de manera apasionada y vio que el único verdadero método misionero era el del amor. Dejar su vida en el olvido supondría una pérdida incalculable para la iglesia de nuestros tiempos. Necesitamos avivar su memoria, aprender de nuevo sus secretos y confirmar las tendencias cristianas más elevadas de nuestros días viéndolas noblemente ilustradas en la vida de Lulio. De todos los hombres de su siglo que conocemos, Raimundo Lulio fue el más poseído por el amor y la vida de Cristo y por consiguiente el más celoso para compartir su posesión con el mundo. El mundo estaba muy necesitado de aquel amor y aquella vida; la iglesia casi tanto como el mundo.

La grandeza del carácter de Lulio se destaca de un modo aún más marcado cuando se considera cómo se elevó por encima del mundo y de la iglesia de su tiempo, anticipando por muchos siglos normas morales, conceptos intelectuales y ambiciones misioneras que nosotros hemos alcanzado con mucho trabajo y muy lentamente a partir de la Reforma.

El movimiento de nuestro pensamiento, teológico o filosófico, tiende fuertemente ahora hacia conceptos de vida. Esto ciertamente es un adelanto. Vemos que la vida es el asunto supremo y que debemos formular nuestros conceptos en términos propios de la misma. La obra misionera ganará mucho por medio de este nuevo modo de pensar. Su propósito es dar vida. Su método es obrar por contacto con la vida. Raimundo Lulio lo demostró. Él salió para dar una vida divina, que él ya poseía en su propia alma. En *St. Paul's Conception of Christ* (El concepto paulino de Cristo) Somerville indica que «hemos de buscar la génesis de la teología de Pablo en la conciencia de lo que el Cristo glorificado era para él en su vida personal». Es también en su experiencia interior del Cristo glorificado donde hemos de buscar el secreto y la fuente de la doctrina y de la vida de Raimundo Lulio: lo que pensó,

lo que fue y lo que sufrió. Y esto se aplica a todos los verdaderos misioneros. Ellos no van a Asia o a África para decir: «Ésta es la doctrina de la Iglesia Cristiana», o «Vuestra ciencia es mala. Mirad por este microscopio, ved por vosotros mismos y dejad tales errores», o «Comparad vuestra condición con la de América; ved cuánto más provechoso en el sentido social es el cristianismo que el hinduismo, el confucionismo, el fetichismo o el islam». Sin duda todo esto tiene su lugar: es el argumento tomado de la concordancia del cristianismo con los hechos del universo, el argumento del fruto. Pero todo esto es secundario. El asunto primario es el testimonio personal. «Esto es lo que he sentido. Esto ha hecho Cristo por mí. Yo predico un Salvador que conozco. Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palpamos nuestras manos tocante al Verbo de vida (porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó); lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros». El hombre que no puede decir esto, será capaz de cambiar las opiniones de aquellos a quienes se dirige, de mejorar su condición social, de libertarles de errores necios y supersticiones esclavizantes; pero después de esto, aquella única cosa que, al llevarse a cabo, habría arreglado por sí misma todas estas cuestiones y mil más, quedará todavía por alcanzar. Nos referimos al don de la vida. El misionero que quiera hacer la obra de San Pablo o de Lulio ha de ser capaz de predicar un Cristo viviente probado por la experiencia. Es un Cristo que, por su encarnación, tiene sus raíces en la historia y que, por su resurrección, se muestra como persona divina, libre de toda interpretación panteísta. Pero a la vez es un Cristo presente y conocido, vivido y pronto para entregarse a la muerte por la vida, a fin de que de la muerte se cambie en vida.

Sería fácil trazar otros paralelismos más entre Pablo y Lulio: sus respectivas conversiones, sus temporadas consiguientes de soledad, sus visiones, sus incesantes trabajos, su pasión para Cristo, sus sufrimientos y naufragios, su fuerza y actividad intelectuales, sus martirios —que muestran la ley de Cristo, suprema en la muerte y en la vida—, sus pensamientos, propósitos, gustos, ocupaciones, amistades, sacrificios. Pero la esencia de todas estas comparaciones, la esencia real de todo verdadero carácter misionero, es que nos posea la vida de Cristo como tal, y la consiguiente capacidad de dar a los hombres, no solamente una doctrina nueva, no una verdad nueva, sino una nueva vida. Ésta es precisamente la obra de las misiones: un cuerpo de hombres

y mujeres, que conocen a Cristo, y que por tanto tienen vida en sí mismos, que salen de la iglesia para ir por todo el mundo. Estos hombres y mujeres fijan su residencia tranquila entre pueblos muertos, y se produce la resurrección de entre estas gentes, primero de uno, luego de algunos, y después cada vez más, que sienten la vida, la reciben y viven. Lulio procuró prepararse en todos sentidos para el contacto con los hombres a fin de poder penetrar en lo más íntimo y profundo de su vida y poder así plantar la simiente de la vida eterna que él llevaba. Por eso aprendió el árabe, se hizo maestro de la filosofía musulmana, estudió geografía y el corazón del hombre. Y, por eso, también se hizo estudiante de lo que hoy llamaríamos religión comparada. Sin embargo, había una gran diferencia entre su punto de vista y el de una gran parte de los modernos expertos en religión comparada. Lulio no creía que el cristianismo fuera una religión incompleta e insuficiente. Él no estudiaba otras religiones con el fin de tomar de ellas ideales que creía ausentes en el cristianismo. Tampoco se propuso deducir de todas las religiones un fondo común de principios generales que se hallaran más o menos en todas y considerar estos como la religión por antonomasia. Él estudió otras religiones para hallar cómo llegar mejor a los corazones de sus partidarios con el evangelio, perfecto y completo en sí mismo, sin carencia alguna y sin necesidad de nada que otra doctrina pudiera darle. Para él había entre el cristianismo y las demás religiones una diferencia, no de grado solamente, sino de calidad. El cristianismo posee algo que a ellas les falta, algo deseable. El cristianismo carece de lo indigno que ellas poseen. Sólo él satisface. Sólo él es vida. Ellas son sistemas sociales o políticos, religiones de libros, métodos, organizaciones. Él y sólo él es vida, vida eterna. Lulio estudiaba otras religiones, no para descubrir lo que ellas pudieran dar al cristianismo, pues no tiene nada que dar, sino para hallar cómo podía él dar a los que las seguían la vida verdadera, la que es vida, la que ningún hombre jamás hallará hasta que la halle en Cristo!

Por mucho que sea de bendición la influencia de Lulio sobre la vida y experiencia cristianas de todos los que lean este libro, la bendición no alcanzará su propósito completo si no se sienten llevados al deseo de reparar una negligencia de siglos. Hace seis³ siglos que Lulio cayó en

3 Hoy ya son siete siglos. A lo largo de todo el libro el lector ha de tener presente que las referencias históricas se toman desde la perspectiva de la época y contexto del autor. Esto afecta también a referencias geográficas que hoy haríamos de otra manera y a consideraciones estadísticas que, obviamente, han cambiado. Asimismo, cualquier análisis de la historia o cualquier previsión de la evolución del islam o de las misiones debe leerse siempre teniendo en cuenta la perspectiva de finales del siglo xix y principios del xx. [Nota del editor]

Bugía. ¿No ha de dar fruto nunca aquel martirio? ¿No hemos de despertar nosotros por fin del sueño de generaciones y dar al Salvador su sitio sobre el profeta y a la media luna su lugar por debajo de la cruz?

Robert E. Speer

PREFACIO



El sujeto de esta biografía está reconocido por todos los escritores de historia de las misiones como el eslabón único que enlaza los apóstoles del norte de Europa y los guías que siguieron a la Reforma. Eugenio Stock, el secretario editorial de la Church Missionary Society (Sociedad Misionera de la Iglesia Anglicana) afirma que «no hay figura más heroica en la historia de la cristiandad que la de Raimundo Lulio, el primero y quizás el más grande misionero de los que han evangelizado a los musulmanes».

No existe ninguna biografía completa de Lulio en inglés y, ya que el siglo veinte ha de ser fundamentalmente un siglo de misiones a los musulmanes, debemos rescatar del olvido la memoria del explorador.

Sus especulaciones filosóficas y sus numerosos libros han perdido gran parte de su valor, dado que los conocimientos de que disponía eran parciales. Pero su abnegado amor nunca se desvaneció y su memoria no puede perecer.

Su biografía subraya su propio lema:

«El que vive por la Vida no puede morir».

Esta parte de la vida de Lulio es la que contiene un mensaje para nosotros hoy, y nos llama para recuperar al mundo musulmán para Cristo.

Samuel M. Zwemer
Bahrein, Arabia, marzo de 1902.

CAPÍTULO 1



Europa y los sarracenos en el siglo XIII (A.D. 1200-1300)

«Aunque la historia de una época se desarrolla de una vez no se puede escribir toda de una vez. Los misioneros van adelante en sus mandatos de amor, los teólogos construyen sus sistemas, los perseguidores matan a los creyentes, los prelados buscan la supremacía, los reyes contienen el avance de los eclesiásticos; todo esto y una infinidad de detalles más se desarrolla en el mismo período de tiempo».

—Shedd, *History of Doctrine* (Historia de la Doctrina)

No podemos comprender a alguien si no conocemos el ambiente en que se mueve. La biografía es un hilo, pero la historia es un tejido en el cual el tiempo es ancho, a la vez que largo. Para desenredar el hilo sin romperlo, debemos aflojar todo el tejido. Para comprender a Raimundo Lulio hemos de retroceder setecientos años y ver a Europa y los sarracenos como eran antes de que amaneciera el Renacimiento y apuntara la Reforma. Aunque la sombra de los tiempos oscuros gravitaba pesadamente sobre él, el siglo XIII fue una época de grandes acontecimientos, al menos para Europa. El poder enorme del Imperio estaba decayendo y surgían estados independientes en Alemania y en Italia. El crecimiento de la libertad civil, aunque todavía en sus primeros pasos, daba ya fruto en la mayor amplitud de las ideas y en la fundación de las universidades. En Inglaterra, normandos y sajones habían llegado a ser por fin una nación; se firmó la Carta Magna y se

convocó el primer Parlamento. Por el tiempo en que Lulio nació, los tártaros invadieron Rusia y saquearon Moscú; sarracenos y cristianos se disputaban no solamente la posesión de la Tierra Santa, sino también el dominio del mundo.

Aunque en el Oriente la prolongada pugna por Jerusalén había terminado con la derrota de los cristianos, permanecía el espíritu de las cruzadas. El mismo siglo que presenció la caída de Acre, fue también testigo de la caída de Bagdad y la extinción del Califato. En España, el rey Fernando arrancaba una ciudad tras otra a los «moros», que se atrincheraban en su último baluarte, Granada. El año 1240 marca el auge de los turcos otomanos; Lulio era entonces un niño de cinco años. Antes de que llegara a los veinte, Luis IX había fracasado en su cruzada y había caído prisionero del sultán de Egipto. Emperadores habían depuesto a papas, y papas a emperadores. La Inquisición había empezado en España a torturar judíos y herejes. En Colonia se echaban los cimientos de la gran catedral y en París los hombres hacían experimentos con el nuevo gigante, la pólvora.

Toda Europa estaba agitada con los cambios políticos y de expectativas sociales.

En el mismo siglo tenían lugar en Asia súbitas y subversivas revoluciones. Las hordas mongolas comandadas por Genghis Khan se derramaron, como aguas largo tiempo contenidas, sobre todos los países del Oriente. El Califato de Bagdad cayó para siempre ante la furiosa embestida de Hulaku Khan. El imperio de los seléucidas llevó pronto su dominio musulmán hasta las cordilleras de Anatolia y los turcos se disputaban con los mongoles la soberanía sobre el Tíbet.

Los efectos beneficiosos de las cruzadas empezaban ya a sentirse en el desmoronamiento de los dos enormes edificios de la Edad Media, el Pontificado y el Imperio, que dominaban como ideales y como realidades. El sistema feudal empezaba a extinguirse. La invención y aplicación del papel, de la brújula marinera y de la pólvora anunciaban las épocas de la imprenta, de la exploración y la conquista que habían de comenzar en el siglo siguiente. La oscuridad no era la de media noche, aunque todavía no rayaba el alba. Era la hora del canto del gallo. En el año 1249 se fundó la Universidad de Oxford. En 1265 nació Dante en Florencia. La búsqueda de la verdad por los filósofos era todavía un juego de palabrería dialéctica, pero Tomás de Aquino, Buenaventura de Fidanza y Alberto Magno dejaron también un caudal de pensamiento. Los dos primeros murieron el mismo año en que Raimundo Lulio escribió su *Ars Demonstrativa*. Fue en el siglo XIII cuando la ciencia

física salió a la vida en su arduo parto en las celdas de Gerberto de Reims y Rogelio Bacon. Pero el vulgo tenía a estos hombres por hechiceros, y el clero por herejes, de modo que se les premió con el calabozo. Marco Polo, el más célebre de todos los viajeros, pertenece al siglo XIII, e hizo para Asia lo que Colón para América. Su labor fue un eslabón en la cadena providencial que a la postre sacó a luz el Nuevo Mundo. Pero ambos, Marco Polo y Rogelio Bacon se adelantaron a su época. Gibbon dice con razón que, «si los siglos IX y X fueron una era de oscuridad, los siglos XIII y XIV fueron la época del absurdo y de la fábula». El pensamiento se hallaba aún bajo el terror, al considerar la suerte que amenazaba a herejes y rebeldes.

Los mapas del siglo XIII no manifiestan ningún aprecio por los descubrimientos de Marco Polo. El mundo, como lo conocía Raimundo Lulio, era el mundo de las leyendas medievales y de la antigua tradición. La superficie terrestre se representaba como un disco circular rodeado por el océano. El punto céntrico era la Tierra Santa o Jerusalén, según la profecía de Ezequiel. El Paraíso ocupaba el extremo oriental, y Gog y Magog estaban al norte. Las columnas de Hércules indicaban el límite occidental, y aun la nomenclatura de la Europa meridional era vaga y escasa. Es interesante notar que la primera gran mejora en estos mapas tuvo lugar en Cataluña, la zona de España donde vivieron los antepasados de Lulio. El notable mapa catalán del año 1375, existente en la biblioteca de París, es el primer mapamundi que desecha todas las teorías pseudo teológicas e incorpora la India y la China como parte del mundo. Casi todos los mapas de la Edad Media son inferiores al reproducido en nuestra ilustración. Artistas ingeniosos disimulaban su ignorancia y daban vida al disco del mundo pintando ciudades amuralladas, pueblos encastillados y leones que rugían en selvas imaginarias. Swift satirizó a sus descendientes coetáneos como:

«Geógrafos que el mapa de África
llenar con cuadros salvajes,
y allí donde faltan pueblos
ponen grandes elefantes».

En cuanto a la actitud general de las masas respecto del progreso intelectual, un escritor observa justamente: «No faltaban ciertamente elementos de vigor natural listos para brotar. Pero frente a la dominante esfinge oscurecedora de la teología se echaba en falta el valor que resulta del conocimiento y la tranquila fuerza que nace de una actitud mental



positiva. Bien podemos decir que la gente natural e indocta tenía la justa intuición necesaria en mayor medida que la gente docta, educada en las escuelas. El hombre y el universo real persistían en afirmar sus derechos y demandas de una o de otra manera; pero siempre se les rechazaba de nuevo a las heladas regiones de las abstracciones, ficciones, visiones, esperanzas y temores de espectros, en medio de las cuales la inteligencia avanzaba como sonámbula sobre un camino desconocido.

La moralidad de la Edad Media presenta extraños contrastes. Tanto en un mismo país como en el individuo en particular, encontramos frente a frente en convivencia una fe sublime y una superstición degradante, una pureza angélica y señales de grosera sensualidad. Era una época de caridad llena de abnegación en favor de los cristianos que sufrían y de crueldad bárbara contra infieles judíos y herejes. Los ricos pagaban sumas inmensas para rescatar a un esclavo cristiano, capturado por los sarracenos; y la Iglesia invertía sumas inmensas para perseguir a los que se desviaban de la fe. Cuando los cruzados guiados por Godofredo de Bouillón (que rehusó llevar una corona de oro donde el Salvador había llevado una de espinas) llegaron a la vista de Jerusalén, besaban el suelo y avanzaban de rodillas en oración penitente. Sin embargo, después de la toma de la ciudad, mataron atrocemente a setenta mil musulmanes, quemaron a los judíos en sus sinagogas, y caminaron sobre charcos de sangre al Santo Sepulcro para ofrecer acciones de gracias. El estado general de la moralidad, aun entre los papas y el clero, era bajo. Gregorio VII e Inocencio III fueron grandes papas y enérgicos reformadores de un clero corrupto; pero constituyen excepciones en la larga lista. Uno de los papas fue depuesto acusado de incesto, perjurio, asesinato y blasfemia. Muchos alcanzaron su poder por la simonía. El concubinato y los vicios contra naturaleza eran predominantes entre el clero en Roma. Inocencio IV, que subió al solio papal el mismo año en que nació Lulio, fue un desaforado tirano. Nicolás III y Martín IV, que fueron papas hacia fines del siglo XIII, rivalizaron en infamias. El pontificado del primero se caracterizó de tal modo por la rapacidad y el nepotismo, que Dante le consignó a su «Infierno». El último fue el instigador sanguinario de las terribles Vísperas Sicilianas.

Martensen dice que «la ética de esta época ostenta a menudo una mixtura de la moral cristiana con la de Aristóteles». Y esto es natural si recordamos que Tomás de Aquino representa la cima tanto de la moral como de la dogmática de la Edad Media. Los pecados se dividían en carnales y espirituales, veniales y mortales. El camino a la

perfección se alcanzaba mediante votos monásticos de pobreza, celibato y obediencia.

La poesía del período refleja el mismo extraño contraste entre la piedad y la sensualidad, entrando en ella los himnos más tiernos de devoción y las canciones de las bacanales. Los siete grandes himnos de la iglesia medieval han desafiado y humillado la capacidad de los mejores traductores e imitadores. La emoción admirable del «Stabat Mater Dolorosa» y la fuerza terrible del «Dies Irae», se dejan sentir aun en sus traducciones más pobres. A pesar de las objeciones doctrinales, ¿qué protestante de habla inglesa no se conmueve ante la admirable traducción del «Stabat Mater» a cargo de Cole?

Sin embargo, la misma época tenía sus «Carmina Burana», escritas por Goliardi y otros, en las que comparten protagonismo Venus y Baco, con predominio del elemento sensual. No hace falta recordarnos que el amante de Beatriz tenía mujer e hijos, o que el poeta de Laura tenía un hijo y una hija de una concubina. Y ni Dante ni Petrarca eran excepciones entre los poetas de la Edad Media en este punto. Era un mundo de oscuridad.

El siglo XIII fue también una época de superstición, un tiempo de espíritus y visiones, milagros y fanatismo. Los «flagelantes» andaban de pueblo en pueblo, llamando a las personas al arrepentimiento. Ceñidos con sogas, con ropa muy escasa o enteramente desnudos, se azotaban en las calles. La secta se extendió como la peste desde Italia a Polonia, propagando doctrinas extravagantes y causando a menudo sediciones y asesinatos. Catalina de Siena y Francisco de Asís tenían visiones nacidas del fervor de su amor. El último llevaba los estigmas y murió de las heridas de Cristo, que según se decía se imprimieron sobre sus manos y su costado por un éxtasis ante la contemplación y el amor del Redentor crucificado. El autor de los dos himnos más hermosos de la Edad Media llegó a extremos fanáticos en la tortura de sí mismo para expiar sus propios pecados y para el bien de otros. En el año 1228 Pedro Nolasco tuvo una visión de la Virgen María y desde aquel día dedicó toda su propiedad a comprar la libertad de cristianos cautivos de sus amos árabes. Fundó la orden de los mercedarios, cuyos miembros llegaban hasta entregarse a sí mismos a la esclavitud a fin de salvar a algún correligionario de la apostasía al islam. Durante los siglos XII y XIII las órdenes monásticas crecían en número y en influencia. Ellas formaban el ejército permanente del papado y generalmente fomentaban la educación, la ciencia y el arte. Los franciscanos eran una de las órdenes más poderosas, a pesar de ser una de las últimas.

En 1264 esta orden tenía ocho mil conventos y doscientos mil frailes. Algunos de estos frailes eran santos, algunos estudiosos, y algunos vividores. Al lado de la desmedida superstición y la completa ignorancia de la mayoría de los clérigos, encontramos, entre unos pocos, genios intelectuales y manifestaciones maravillosas de amor abnegado.

A pesar de eso se parodiaban las solemnidades más sagradas. En la «Fiesta de los locos», que se celebraba en Francia el día del año nuevo, se representaban papas, obispos y abades burlescos, y todos sus oficios sagrados se remedaban de una manera blasfema.

El misticismo práctico, que no se ocupaba de la filosofía sino de la salvación personal, era común en el siglo XIII, especialmente entre las mujeres de las provincias. Santa Hildegarda, Matilde y Gertrudis la Grande, son ejemplos notables. También había tentativas de reformar la Iglesia y los abusos de los clérigos.

Los albigenses y los valdenses fueron en muchos sentidos precursores del protestantismo. Otras sectas numerosas, menos puras en doctrina y moralidad, se levantaron en aquel entonces y se extendieron por todas partes, desde la España oriental hasta el norte de Alemania. Todas ellas coincidían en oponerse a la autoridad eclesiástica, y a menudo a la del estado.

Tal era la condición política, intelectual, moral y religiosa de Europa en los días de Raimundo Lulio.

El mundo mahometano se hallaba también en un estado de fermentación. Los cruzados enseñaron a los sarracenos al mismo tiempo la fuerza y la debilidad del cristianismo medieval. El campo de batalla de las Navas de Tolosa, cubierto con doscientos mil musulmanes muertos, fue el doblar a muerte para el islam en España. El dominio y la cultura de los sarracenos en Granada eran solamente el resplandor que sigue al ocaso, glorioso pero pasajero. Lo que los sarracenos perdieron de territorio en Occidente, lo compensaron con sus conquistas: Siria y Oriente. En el año 1250 los sultanes mamelucos empezaron a reinar en Egipto, y bajo el reinado de Baybars I, el Egipto musulmán alcanzó el cenit de su fama. En el siglo XIII el islam era una potencia, no tanto por sus conquistas con la espada como por sus conquistas con la pluma. La filosofía musulmana interpretada por Alkindi, Alfarabi, Avicena y Algazel, pero sobre todo la filosofía de Averroes, se enseñaba en todas las universidades. Aristóteles hablaba en árabe antes de ser retraducido a los idiomas de Europa. «Los sarracenos», dice Myers, «eran durante la Edad Media poco menos que los únicos depositarios de los conocimientos científicos del mundo». Mientras que las naciones

occidentales eran demasiado ignorantes para conocer el valor de los tesoros de la antigüedad, los musulmanes los preservaban por la traducción al árabe de las obras científicas de los griegos». Esta erudición llegó en parte a Europa por medio de los cruzados, pero había llegado antes y en mayor escala por las escuelas árabes de España. Ningún otro país en Europa tenía un contacto tan estrecho con el islam, para bien y para mal, como los reinos de Castilla, Navarra y Aragón. Allí la pugna era de la mente tanto como de la espada. Durante tres siglos se peleó una cruzada por la verdad, al tiempo que cristianos y musulmanes se batían en el campo de batalla. En este conflicto jugaron su papel los antepasados de Raimundo Lulio. Durante todos los años de la vida de Lulio, el dominio musulmán se mantuvo en Granada contra los reinos unidos españoles. Hasta el año 1492 no se expulsó al sarraceno de la Europa meridional.

En cuanto a misiones en el siglo XIII, poco se puede decir. Había unas pocas almas escogidas a quienes el Espíritu de Dios iluminaba para ver las necesidades espirituales de sarracenos y de mongoles y para predicarles el evangelio. En el año 1256 Guillermo de Rubruquis fue enviado por Luis IX al Gran Kan, en parte como diplomático, en parte como misionero. En el año 1219, Francisco de Asís, haciendo gala de un valor demencial, entró a la presencia del sultán en Damietta y proclamó el camino de la salvación, ofreciéndose a sufrir la terrible prueba del fuego para probar la verdad del evangelio. El general dominico Raimundo de Peñafort, que murió en el año 1273, también se dedicó a las misiones para los sarracenos, pero sin éxito.

El único espíritu misionero de los siglos XII y XIII era el de los cruzados. Ellos tomaron la espada y perecieron por la espada. Pero «Raimundo Lulio se levantó como un caso excepcional, hacia el cual habían de volverse los ojos de toda la cristiandad por muchos días, para demostrar lo que las cruzadas hubiesen podido ser y hacer por el mundo si se hubieran peleado por medio de la cruz, con las armas de aquel cuyas últimas palabras en ella fueron de perdón y paz»¹

¹ George Smith. *A Short History of Missions*.

Esperamos que hayas disfrutado de
esta pequeña muestra del libro *Raimundo Lulio*.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2025 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!